

Artículo de opinión

**La evolución neurocognitiva y adaptación
Paleoecológico-cultural de Homínidos durante el
Pleistoceno medio y superior en Eurasia.**

Dr. Ángel Valaer Rubio¹

**1. NUESTRO INTERÉS POR LA INVESTIGACIÓN DURANTE EL
PLEISTOCENO**

Se estima que el Pleistoceno se corresponde a nivel geológico con el desarrollo del ser humano antiguo (*sapiens*); un modo de vida nómada, caracterizado por su agrupación en bandas de homínidos de cazadores-recolectores, siendo donde durante la etapa del Pleistoceno Superior, cuando se produce la aparición de nuestros más inmediatos ancestros de *Homo sapiens*.

Gracias a las capacidades cerebrales que ya poseían y nos aportaron nuestros ancestros primitivos, es cuando el Arte constituyen los primeros registros de las incipientes ideas por las que ha de plantearse el razonamiento del ser humano; es decir, cobra una importancia relevante el surgimiento de la necesidad artística como el registro principal empleado y medio de expresión estrechamente vinculado al mensaje, a la par de que ya se ofrece a los prehistoriadores una posibilidad para abordar el medio en el que se transmite el más próximo

¹ Licenciado y Doctor en Medicina y Cirugía. Médico Especialista en Psiquiatría. Doctor en Farmacia. Doctor en Ciencias Biológicas. Doctor en Arte y Humanidades. Profesor Externo de Bioquímica del Envejecimiento, en la Facultad de Farmacia (Universidad de Sevilla). Honorario de la Facultad de Farmacia (Universidad de Sevilla). Miembro del comité Editorial de la revista Foye.

pensamiento de características cifradas, y que se corresponde con el esbozo de la escritura capaz de surgir en el seno de las sociedades que hasta ahora se denominaban ágrafas (Valaer, 2017a).

Además de la capacitación cerebral necesarias con la que ya contaban nuestros ancestros, haremos una aproximación a las representaciones pictóricas con las que cuenta el Parque Natural de Los Alcornocales; revisaremos el potencial pictórico de sus abrigos rocosos, respecto de sus registros paleoecológico que a lo largo de miles de años nuestros predecesores han dejado impreso en los márgenes parietales de sus numerosas cuevas (Valaer, 2017b).

Podemos afirmar, que en origen existe un estrecho vínculo entre el arte y las creencias religiosas, si es que para ello éstas sólo las entendemos como un sistema explicativo de la realidad, esto es, en definitiva: la particular filosofía de vida que experimentó el hombre prehistórico. Esto resulta de trascendental relevancia, ya que: las evidencias de esta conexión primigenia que se mantiene entre la correlación de la religión y el arte, se infiere en la concepción que a través del Arte rupestre se continúa luego con los sistemas organizativos neolíticos religiosos posteriores; esto es, valiéndose de concepciones míticas que trasladasen conceptos a través de los procesamiento cognitivos a imágenes que se representan a través de símbolos sagrados (Valaer, 2017c).

Es por ello, que cualquier intento del contenido acerca del origen y los contenidos profundos de estas primitivas creencias ha de pasar, inexorablemente, por la interpretación que hemos de pretender siempre sobre el arte prehistórico.

Este primer arte de la humanidad acaba concibiéndose desde el periodo Paleolítico superior, como un conjunto de símbolos que interactúan y a través de los cuales se transmiten toda una aproximación a la visión particular que tenían del mundo; y el lenguaje artístico, ha de constituir un medio de comunicación, a través de códigos que en esa época estaban ya bien constituidos. Y es aquí, desde donde

parte nuestra revisión multidisciplinar, a fin de plantearnos la posibilidad de lograr tener acceso a los contenidos gráficos que simbolizaban los pensamientos del hombre prehistórico, planteándonos como objetivo una aproximación que nos permita poder desentrañar la cuestión de los significados que encierra el Arte Prehistórico (Valaer, 2017b).

Para el caso, hemos de adentrarnos en el conocimiento de las primeras creencias del hombre de la Prehistoria, a través del estudio del arte que nos legaron en el soporte megalítico, lítico o mueble, fundamentándolo en la comprensión de los símbolos religiosos de base naturística que la constituyen. Acercándonos en profundidad a la interpretación analítica de los símbolos, podemos acercarnos a la reconstrucción aproximada de lo que constituyeron las primeras concepciones míticas de la Physis.

A fin de iniciar una nueva aproximación a la reinterpretación del legado lítico impregnado en las cuevas, que *per se* ya representan la impronta de una guía naturística completa, cuando no extremadamente detallada, de la fauna con que convivieron nuestros predecesores a lo largo del periodo Paleolítico Superior y durante las fases inicio y desarrollo del arte Neolítico en las sierras gaditanas del campo de Gibraltar (Valaer, 2017b).

Aún el siglo pasado la Arqueología entendía que la capacidad simbólica era una de las características esenciales a través de la cual se lograba la capacidad de poder expresar nuestra humanidad. Tras el descubrimiento de una gran variedad de especies homínidas surgidas a lo largo del Pleistoceno se llega a poner de manifiesto que sus rasgos evolutivos, sin embargo, no habían sido una propuesta exclusiva de la línea evolutiva que culminaba en *Homo sapiens*: postura erecta, bipedestación, elaboración de herramientas o el desarrollo de un gran órgano cerebral; todos rasgos también compartidos por otras especies de homínidos que poseían bastantes características paleoantropológicas y socioeconómicas de las consideradas, hasta hace muy poco, exclusivas de los *Homo sapiens sapiens*

(Valaer, 2017a).

Es por ello que, a pesar de estas semejanzas o asustados desde los prejuicios, quizás debido a ellas, algunos autores establecieron una muy distanciada separación entre *otros* homínidos y *el Homo sapiens sapiens*, otorgando además a nuestra especie características patognomónicas de exclusividad respecto a la posesión de un pensamiento simbólico, que nos habría de diferenciar, entonces, como más desarrollados y los humanos verdaderos (Valaer, 2013).

El registro arqueológico ya mostraba unas poblaciones homínidas paleolíticas cuyas formas de vida eran semejantes a las que luego fueron propias de los grupos de humanos modernos (Valaer, 2017b).

El simbolismo representó el paradigma de la conducta moderna por excelencia y designaba el máximo respecto de las capacidades cognitivas alcanzadas por los homínidos. Se presentó la adaptación de la evolución de los hombres actuales modernos (HAM) como el factor que definitivamente los situaba en una posición de ventaja adaptativa frente al otro ser humano *Homo sapiens neanderthalensis*, a todas luces presumiblemente extinto por una supuesta incapacidad de adaptación frente a *Homo sapiens sapiens*, pues a pesar de explicaciones de tipo adaptativo o funcionalista, ya sobraban evidencias que aceptaban lo contrario; es el caso de los enterramientos con claros propósitos de intencionalidad y la probada existencia de cierta manipulación antrópica *post mortem*.

2. MIS INTERPRETACIONES SOBRE LOS PARADIGMAS DE LA ARQUEOLOGÍA COGNITIVA DURANTE EL PLEISTOCENO.

Nuestro cerebro más afectivo ya contaba con una evolución esencial, necesaria y suficiente, desde los homínidos más antiguos del Pleistoceno como

Homo antecessor, *Homo erectus* y *Homo heidelbergensis*, un hombre de neandertal más antiguo.

El Paleolítico inferior se caracterizaba, en términos evolutivos, por un marcado desarrollo respecto de las capacidades cognitivas por las especies del grupo zoológico *Homo* que lograron desarrollar las evidencias arqueológicas de una industria lítica avanzada (Modo 2: periodo achelense del bifaz).

Habida cuenta de las dificultades que surgen para entender la incapacidad objetiva que los yacimientos pueden ofrecernos a la hora de reinterpretar los vacíos de un proceso prehistórico que nada aporta a cómo ellos se relacionaban, sentían o se expresaban.

Los datos neurocientíficos que se integran a través de los moldes de vaciados fósiles que los antropólogos forenses pueden llegar a realizar con una avanzada tecnología muy fidedigna, muestran diferencias estructurales manifiestas entre las dos especies zoológicas del grupo *Homo* que compartimos durante el Paleolítico medio y superior.

Según los datos fósiles que sobre el *Homo neanderthalensis* disponemos en la actualidad, hemos pretendido estudiar la capacitación cerebral necesaria con la que contaban para poder elaborar su conducta y la creación de manifestaciones simbólicas y gráficas, para así poder compararlas, a la vez que diferenciarlas, de la neurobiología del *Homo sapiens sapiens*.

Durante el proceso inicial de gestación del encéfalo desde un cerebro primitivo meramente emocional y pulsional, ya el Hombre de Neandertal contaba con los rasgos propios de nuestra naturaleza humana, e integraba también el

desarrollo extraordinario de un lóbulo frontal plenamente adaptado a la capacitación muscular que requerían las necesidades adaptativas de su cuerpo.

Esto no le impedía al *Homo sapiens neanderthalensis*, sin embargo, la capacidad desarrollada de un lóbulo frontal suficiente para poder elaborar la forma particular de un lenguaje que expresase una representación suficiente de su contenido simbólico, logrando así la capacitación necesaria de sus procesos de expresión cognitiva.

Resulta evidente que los *Homo sapiens* modernos (HAM), hemos desarrollado de una forma extraordinaria nuestra capacidad respecto al lóbulo frontal en relación a nuestros hermanos los *Homo neanderthalensis*.

Entre los neandertales y el hombre moderno, convergen más similitudes que diferencias: ambas naturalezas, coexistieron y se mezclaron y, en la actualidad, ellos constituyen una parte cualitativa de nuestro genoma.

A través de la investigación bibliográfica exhaustiva y la revisión de meta-análisis que hemos realizado, constatamos que además de apomorfías características en el particular desarrollo de su anatomía, existen evidencias irrefutables de que los neandertales gozaban de un nivel de desarrollo cognitivo extremadamente considerable, en especial adaptado con excelencia al medio particular y extremo en que vivían: destrezas y habilidades dignas de una singular y genuina Antropología social y cultural.

Los Neandertales tienen aún mucho más que decir en cuanto a la forma de afrontar y de entender el mundo; sus estructuras sociales, el cuidado de los enfermos, el entierro de sus familiares y el cuidado del grupo, de los niños y de los

ancianos de cada clan y de cada caverna; sobre los rituales de caza, el tratamiento de las enfermedades, la sensibilidad religiosa con la madre naturaleza. En definitiva, claves paradigmáticas para un grupo homínido de hombres cazadores recolectores.

Hemos de reconocer la posibilidad de que en nosotros haya mucho de los neandertales que también fuimos, como ya apuntan los porcentajes cuantitativos en alza de las teorías genéticas; además, es de recibo reconocer que, según las estructuras anatómicas y neuroquímicas del cerebro de los neandertales, se demuestra que estos humanos, al contrario de los que se intentó siempre defender hasta hace bien poco por las doctrinas más fundamentalistas, no eran tan animales ni estaban tan alejados de nosotros como entonces se nos insistía.

Al contrario, no sentían exactamente como nosotros, sino quizás más, porque a pesar de tener áreas motoras más grandes y ser físicamente más fuertes, lo que no tenían es un desarrollo tan excesivo del lóbulo frontal como nosotros, precisamente aquello que paradójicamente nos acaba incapacitando a veces; es decir, y esto lo vemos en la práctica clínica todos los días, *Homo sapiens* está cada vez más diseñado para vivir lejos de la naturaleza, en una sociedad suficientemente ansiosa y cada vez más neurotizada, como ya apuntaban magistralmente los fundamentos de la teoría de Freud.

El origen de nuestro interés de sapiens arcaico por explicarnos la génesis del mundo se pierde en la interpretación neandertal de sus cosmogonías particulares, aunque su capacitación neuronal frontal, resultará más apta para desarrollar plenamente su físico que para afrontar una manía clasificatoria propia de nosotros, los humanos modernos.

Ellos, en definitiva, no tenían esa necesidad compulsiva que padece *Homo sapiens* de tener que analizarlo, registrarlo y clasificarlo todo; tenían una ultraestructura cerebral en el lóbulo frontal justa y necesaria con la que intentar ser felices en su mundo, sin una patología obsesiva de insistir y perpetuarse en el tiempo, como hacemos nosotros a través de representaciones gráficas compulsivas, en un intento necesitado sobre el futuro de postergarnos en el devenir.

Nuestros antepasados neandertales disfrutaban de una vida emocional íntegra igual o más intensa si cabe que la nuestra (quizá más simple, pero también menos retorcida e improductiva que la actual); resulta evidente que contaban con un menor número de conexiones sinápticas en el hemisferio frontal aunque, dicho de otra forma y desde la perspectiva de una aproximación neodarwiniana, puede que nosotros hayamos desarrollado excesivamente la ultraestructura de este lóbulo, al disminuir de manera evidente las necesidades musculares que en la actualidad nos son requeridas.

Sin embargo, ya en los albores de los tiempos prehistóricos, como también sospechara Jung, las estructuras psíquicas para el hombre moderno eran emocionalmente idénticas para estas dos especies de homínidos que coexistieron durante miles de años, esto es: los sentimientos eran los mismos o, en cualquier caso, puede que los neandertales no tuviesen la necesidad apremiante de expresarlo todo, aunque compartiesen ya la necesidad psíquica de la conducta simbólica a través del arte parietal y mueble, como en la actualidad revelan los últimos hallazgos arqueológicos y los métodos de datación absoluta, que fechan estas expresiones humanas, mucho más antiguas a lo que en un principio se reconocía. Puede que al contrario a lo que hasta hace poco se pensaba, tras la invasión de sus territorios, como buenos y compulsivos copistas, fuesen los sapiens modernos quienes se dedicaran a reproducir o incluso a mejorar artilugios de caza o enseres y adornos y/o dibujos, que ya el Hombre de Neandertal, miles de años antes, desde los propios esquemas surgidos del proceso de sus cogniciones, ya se habría planteado.

Esto nos lleva a sopesar con honestidad, que quizá la parte neandertal de nosotros mismos sea, en definitiva, la más ajustada conforme a criterios que ahora consideramos relacionados con el concepto ontogénico, epistemológico de humanidad; y que el desarrollo cerebral ulterior, en exclusividad propio de los sapiens modernos, es seguro que se asemeje más a mecanismos sociales, zoopolíticos propios de una terrible y desorganizada necesidad de adaptación evolutiva desmedida, mediando aún el desarrollo todavía no finalizado sobre un *continuun* que se inicia en el Neolítico y a través de la Edad de los Metales hasta la Edad Antigua Universal.

Resulta evidente que los hombres del valle de Neander tenían una inteligencia suficiente para expresarse y que el lenguaje en su anatomía era ya una realidad; así como representar un esquema de caza en su grupo familiar de cazadores recolectores para tender una emboscada a sus presas sobre un estrecho desfiladero; aunque la necesidad de elaborar una capilla Sixtina en el paleolítico superior de Altamira, no obstante, era sin duda patrimonio exclusivo de la necesidad humana de nuestra especie para ser, llegar y trascender. Para el caso, no es precisamente que ellos no pudieran, sino que no les motivaba su psiquismo y jamás habrían de convertirlo, entonces, en una perentoria necesidad. De esta forma, constatamos que las artes humanas a través de todos los tiempos así como las necesidades de registros científicos como la taxonomía natural que durante el siglo XVIII encabezó Carl von Linneo en su *Systema naturae* (1735), resultan muestras evidentes de cómo de realidad somos los HAM y cuáles son las motivaciones estructurales surgidas desde la semántica de nuestros pensamientos.

La actualidad surgida, cuando no manipulada por los medios de comunicación, verbigracia: la aldea global con vigencia instantánea a través de las redes de internet, el poder de las masas (ahora mediatizadas al igual que antes

durante el Neolítico) bajo la potestad de unos pocos que dirigen a interesada conveniencia, es lo que nos empuja, cada día más, a la intervención sobre una sociedad tremendamente ansiosa, me atrevo a decir: gravemente herida, en base a un acusado trastorno de ansiedad, cuando no angustiosa y excesivamente neurótica.

Nuestra manera de ser y estar en el mundo (*dasein*), resulta ahora una particular forma existencial de vivir resguardada en el seno confortable de una vida física estructuralmente mejorada respecto de los estresores exteriores que antes nos surgían y mediatizan (ahora ya no hay leones en la sabana yerma de nuestras angustias que nos persigan); sin embargo, el interior de las mentes va sobrado de fantasmas, miedos pulsionales que acaban cortocircuitando un maltrecho sistema límbico emocional, insatisfacciones cada vez más grandes y traumas vividos en una demasiada alargada infancia, una adolescencia caótica y maltrecha y un periodo de madurez rebotante de escollos bien diferentes a los que nos confrontamos durante el Paleolítico, como hipotecas, desahucios, estrecheces de final de mes, relaciones con las familia política y otras tantas tribulaciones.

Nuestros ancestros, permítanme la hipérbola, habían de re-experimentar la existencia exclusivamente y además estaban acostumbrados a saber disfrutarla; la caza, el inmenso páramo, la población escasa que permitía disfrutar de la caza de las especies en abundancia, los componentes del grupo disfrutando en familia del primitivo clan, donde los padres y los hijos tenían tiempo para jugar, disfrutar de la pesca o del baño, de las relaciones sexuales en mitad de las pozas y al abrigo de los bosques de hoja perenne del monte mediterráneo.

No existían otras necesidades que la supervivencia, a veces en condiciones extremas, con una capacidad cognitiva más que suficiente para observar la

naturaleza y elaborar técnicas mejoradas de cómo hay que salir a procurarse el alimento, edificar construcciones y poblados; después, unos ratos que a medida que la tecnología mejoraba eran más frecuentes, en la que sólo había que preocuparse por llegar y disfrutar la vida.

El primitivo hombre de Neandertal tiene tiempo libre para disfrutar de su entorno cuando las dificultades y los requerimientos de la tribu le da un margen exiguo, pero que goza suficientemente de esos momentos sin que otros conflictos se los arrebatan. Sin embargo, el hombre sabio moderno ni siquiera tiene ya esa necesidad por sobrevivir en una naturaleza hostil; al contrario, lejos de estas preocupaciones y especialmente dotado de un córtex muy complejo (el mayor que la neurobiología ha sido capaz de desarrollar), parece que no somos capaces de llegar a disfrutar de lo que la evolución, generosa, ha decidido y optado por capacitarnos.

Más bien al contrario, cada día más alejado de nuestro entorno original, fuera del contexto que brinda la naturaleza, sin adiestrar nuestro oído que apenas necesita ya permanecer al acecho, ni contar con la forzosa necesidad de adaptar nuestra visión para la oscuridad y la noche para guiarnos por la luna paleolítica ni por las estrellas de una vía láctea brillante, ni emplear más nuestro cuerpo tan dotado de una asombrosa biomecánica magníficamente adaptada a la marcha bípeda... Pues, así las cosas, por ejemplo: la falta de necesidad para destinar ahora jornadas completas empleadas en el desplazamiento nómada, se tornarán obsoletas en cuanto a las nuevas demandas que ahora necesitamos; de esta manera, las alteraciones recesivas como los genes que regulan defectos de refracción como la miopía tendrán progresivamente una expresión dominante con lo que nos haremos cada vez más miopes, al cabo de forzar nuestros ojos durante muchas horas al día frente a las pantallas del ordenador.

Nuestro estudio sobre el abordaje de la ansiedad obsesiva, característica propia del *Homo sapiens sapiens*, y nunca patognomónica de la dotación neurológica que caracteriza al Hombre de Neandertal, nos demuestra de una forma objetiva (perfectamente cuantificada por el estudio desde la bioestadística), como insistimos los hombre modernos en complicarnos a nosotros mismos (el self) y cada vez nos hacernos valedores de una vida interior todavía más exorbitada, que termina complicándose en amplias exigencias, desmesurada en sus expectativas que conlleva un alto precio en relación a metas, que conlleva a un alto número de dificultades mentales, altos niveles de frustración, y baja tolerancia a la ansiedad, altos niveles de ira, angustia; todo ello, es lo que actualmente acaba constituyendo una especial psicopatología que todos los humanos modernos sociales padecemos, una neurosis ansiógena de la aldea global, a la que ahora se le añade el modismo del ciberespacio.

Aunque a pesar de configurar un grupo control, ya no resulta posible estudiar la psicopatología y el psicodiagnóstico de un hipotético hombre de las cavernas; pudimos, sin embargo, aproximarnos a establecer un número de participantes en nuestro estudio que bien pudo y debió de semejarse a una estructura cerebral sana y neuropsicológicamente lo más simple posible, en la que se objetivicen siempre a través de los auto-registros, las reacciones emotivas y afectivas, frente a las interacciones sociales en relación con el grupo; además, no sólo en ítems y test de tipo cognitivo-conductual, sino proyectivos también.

La interpretación de los test de manchas más básico con un alto referente del sistema límbico (meramente emocional) lo extrapolamos al contenido psicodinámico tanto en pacientes agresivos, parafílicos o maltratadores y delincuentes, caracterizados por una impulsividad manifiesta así como a grupos de casos clínicos antiguos de la literatura psiquiátrica del siglo XVII que ya no aparecen en nuestras consultas; frente al grupo de sapiens de actúa en este caso como grupo control,

esto es: pacientes más o menos ansiosos y/o con trastornos desadaptativos, marcada labilidad emocional y grave estructura neurótica de la personalidad, que es donde se exploran los márgenes psicoafectivos pulsionales que también debieron de estar presentes en la esfera afectiva y emocional de nuestros antecesores desde el lecho de los tiempos.

Así, el test proyectivo de manchas del psiquiatra suizo Hermann Rorschach, nos ofrece una aproximación directa y muy precisa al pulsional y emocional inconsciente primitivo, que presenta una actividad cerebral, neurobioquímica y neuropsicológica, idéntica, desde hace miles de años, tanto para el hombre neandertal como, aún en nuestro días, para el *Homo sapiens sapiens*.

Además, igual que Broca estudiaba en los albores del desarrollo de la ciencia neurológica la localización cerebral de cada una de nuestras funciones encefálica, como el caso del área de la corteza visual calcarina del lóbulo occipital, mediante su destrucción; nosotros hemos reparado en algo similar a lo que nos ofrece la naturaleza con las fases de diferenciación anormal de los tumores cancerígenos cerebrales, que literalmente destruyen e infiltran de forma muy agresiva el córtex cerebral, aunque persiste. Hasta la muerte neurológica y motora del paciente, la integridad del sistema límbico, y hemos llegado a unas asombrosas conclusiones.

Los pacientes afectos de fase terminal de glioblastoma multiforme grado IV, aunque sufren la destrucción del área de Wernicke donde radica el lenguaje, por lo que no conservan la capacidad para lograr expresarse y la proliferación del tumor producen un daño sistémico en los tejidos neuronales y en la anatomía patológica de los capilares sanguíneos, mantienen una mejor integridad del cerebro interno hasta el *exitus*; en ése momento el enfermo, que sufre lesiones no compatible con la vida, mantiene a pesar de ello un sistema límbico intacto que puede asimilarse a

un cerebro emocional con las dotes afectivas resultantes como las de un primitivo hombre neandertal arcaico.

Hemos demostrado similitudes evidentes, más que diferencias entre estas dos especies humanas, que coexistieron y se mezclaron siendo en la actualidad este cóctel genético, buena parte de nosotros mismos como ya reconoce cualitativamente la ciencia (pues características adaptativas como las inmunológicas, vasculares o alérgicas aún nos resultan determinantes en el nuevo contexto en que nos movemos), así como también cuantitativamente en un porcentaje cada vez mayor de nuestro genoma.

Al final, caso de que consintamos en sólo dejar surgir los valores de generosidad y empatía que existen al fondo de nuestra capacitación cerebral de humanos modernos, frente a los insaciables contenidos egoístas en los que solemos refugiar nuestros instintos ladinos, más sucios y perversos no esté todo definitivamente perdido para la última especie de homínido. Si hemos llegado aquí con una capacidad cerebral extraordinariamente dotada, gracias a los mecanismos que dispuso la evolución de las especies, dentro de nosotros mismos tenemos la capacidad de inteligencia más que suficientes para lograr hacer entre todos un mundo sin egoísmo, sobradamente mejor, que no aboquen en la extinción autodestructiva de *Homo sapiens sapiens*. Cooperar para ayudarnos entre todos a mejorar el medio ambiente ecológico y no contribuir cada día a destruirlo si cabe un poco más, a fin de preservarlo con tesón para disfrute de las generaciones de nuestros hijos, como a nosotros nos dejaron los homínidos anteriores durante miles de años. Si no queremos caminar hacia la extinción, y esta vez sin neandertales sino fagocitándonos en una guerra cruenta, e intestina contra nosotros mismos; así que aún hay tiempo de realizar un fundamentado esfuerzo únicamente amparado desde la concienciación: Sólo la plasticidad neuronal desde la reflexión y

generosidad profunda logrará hacer disfrutar a nuestros hijos de un legado que por derecho sólo a ellos les corresponde.

De recibo es reconocer un definitivo agradecimiento a nuestros antecesores directos los Neandertales, al menos respecto a lo que concierne a nuestra matriz emocional más interna, íntegra e interesante, que nos vincula con la identidad de lo que algún día fuimos y, aunque de forma recesiva, todavía seguimos siendo. Es por ello, que puedo asegurarles que mi experiencia ha sido un viaje apasionante a la historia primigenia de la Psicobiología humana durante la excepcionalidad infravalorada anteriormente por el hombre respecto de la etapa paleolítica.

A raíz de la riqueza faunística del Pleistoceno medio, el conjunto de cultos que ya se infiere a través del arte paleolítico, se correspondería con una sociedad cazadora recolectora altamente especializada, en donde las organización de las técnicas que utilizaban dejarían cubiertas las necesidades básicas para dedicarse a sus representaciones artísticas.

A pesar de que los cambios que se sucedieron en la extinción de la fauna con la llegada del Holoceno, durante la retirada de la última la Edad Glacial, sin embargo, no fue sino un proceso gradual, paulatino, en donde el hombre anatómicamente moderno se inicia en cambios trascendentales, estabilizando el recorrido que ya no es nómada entre los territorios de caza y asentándose en poblados y sedentarizándose.

Las primeras creencias a las que ya podíamos acceder desde las perspectivas paleolíticas, seguirán siendo una continua evolución, que confirmaban el ritual de un corpus mítico complejo y muy bien elaborado; una primitiva e iniciática

metafísica que constituiría los albores de la filosofía naturística representada ya en los abrigos rocosos del gaditano parque natural de Los Alcornocales, en donde preguntarnos las preguntas clásicas que el hombre se formula desde la antigüedad, esto es: el origen primigenio de todas las cosas que nos ha ofrecido la naturaleza, y de cuál es nuestro papel en ese mundo paleoecológico, mientras seamos capaces de alcanzar una aproximación a las respuestas que ofrece el medio natural.

Desde la más temprana antigüedad, los poderes de la naturaleza que nuestros antepasados observaban, las características etológicas del medio natural, e incluso las fuerzas sobrenaturales a los que ellos en parte se veían doblegados y sometidos, empieza a ser considerada seriamente, así como su capacidad por controlarlos en relación a su trascendencia y superación; ésa necesidad de estudiar el ritmo de las estaciones a través de solsticios y equinoccios que mediaban entre las estaciones, la capacidad iniciática de anticiparse a los fenómenos climáticos mediante la curiosidad y sólo tras fruto inteligente de la observación, resultarán las bases definitivas de las representaciones con asimilación mágica en los abrigos rocosos.

Además, los animales representados a través de este arte naturalista propiciado por nuestro exclusivo entorno sería valorados no sólo por su carácter cuasi sagrado, además que como codiciadas piezas de caza, sino que la necesidad de simbolizarlos y trascender estas imágenes a sus descendientes, se asimiló a las analogías mágicas de la caza a través de la fecundidad y la procreación; es por ello que los abrigos del campo de Gibraltar cobijaron representaciones ceremoniales del periodo de bonanzas fundamentado durante la primavera y el verano, directamente relacionados con la procreación y la inversión parental de las especies animales, que se inicia con el solsticio de primavera y culmina con el retorno iniciático al natural círculo primigenio con el solsticio de otoño y el desarrollo de la berrea (machos en celos berreando con la potencia desplegada e intimidante de sus luchaderas,

hembras con sus recentales de ungulados), se gestarían durante el periodo de letargo que media entre el equinoccio de invierno, y empezaban a alumbrarse cuando llegasen los meses más abundante de pastos.

La finalidad del arte, entonces, ante la fascinación con que observaban y vivían la naturaleza, habría de residir en facilitar necesariamente esa información a los hijos y nietos que les sucediesen, por lo que contaron con establecer unas representaciones de naturaleza trascendente, de asimilación mágicamente religiosa propia de los grupos de nuestros antepasados cazadores recolectores, a fin de facilitar un proceso de renovación de la madre tierra; la cría y multiplicación de sus animales relevantes (y sus madres con las crías) que, en definitiva, les aprovisionara del sustento necesario a través de la buena gestión ecológica de la práctica de la caza.

Es por ello, que nuestro fin en la actualidad, se ha de basar en estudiar aquellos mecanismos fisiológicos de los que se sirvieron nuestros ancestros y sus correspondientes procesos bioquímicos necesarios para el desarrollo de la capacitación neuroanatómica necesaria con la que habrían ya de contar para la elaboración de los procesos cognitivos y el desarrollo de las neurocogniciones.

Estudiaremos los efectos de la alimentación en relación a las diferentes modos de ingesta y alimentación, respecto de las distintas especies de los homínidos con las que se contaban en el tiempo geológico determinado del paleolítico medio y superior, y cómo estas dietas en relación al hábitats determinaron o no diferencias evolutivas respecto a la evolución a la dotación, el desarrollo y la capacidad de sus habilidades cerebrales.

3. PARA CONSULTAR SOBRE EL TEMA A DEBATE, BIBLIOGRAFÍA DEL AUTOR:

- VALAER RUBIO, A. (2017a). Estudio multidisciplinar y comparativo respecto a la naturaleza de las capacidades cognitivas para la conducta y sus manifestaciones gráficas en las sociedades cazadoras-recolectoras durante el Paleolítico. Tesis Doctoral en Arte y Humanidades, Departamento de Geografía. Historia y Filosofía, Área de Prehistoria de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cádiz.
- VALAER RUBIO, A. (2017b). Aquellos hombres y mujeres que habitaron el valle de Neander. Volumen 1: Estudio comparativo de las capacidades cognitivas tras la conducta y sus manifestaciones gráficas durante el Paleolítico. Ed. Glazza. Saarbrücken, Deutschland. Alemania. ISBN: 978-3-659-65769-6. (ISBN 978-613-9-04618-8).
- VALAER RUBIO, A. (2017c). Las representaciones gráficas del arte figurativo en el Campo de Gibraltar: Una interpretación paleoecológica. Tesis de Máster en Patrimonio, Historia y Arqueología Marítima. Área de Prehistoria, Departamento de geografía, Historia y Filosofía. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Cádiz.
- VALAER RUBIO, A. (2017d). Aquellos hombres y mujeres que habitaron el valle de Neander. Volumen 2: Las representaciones gráficas en el arte figurativo del campo de Gibraltar. Ed. Glazza. Saarbrücken, Deutschland. Alemania.
- VALAER RUBIO, A. (2015a). Estudio de la Interacción del litio con moléculas que participan en la señal sináptica: Una aproximación a las alteraciones psicopatológicas y neurodegenerativas. Tesis Doctoral, Facultad de Farmacia. Universidad de Sevilla.
- VALAER RUBIO, A. (2015b). Interacción del litio con moléculas que participan en la sinapsis. Una aproximación a la Bioinorgánica del ión litio en

las alteraciones psicopatológicas y neurodegenerativas. Ed. Publicia. Saarbrücken, Deutschland. Alemania.

- VALAER RUBIO, A. (2015c). Análisis comparativo entre diferentes intervenciones terapéuticas del trastorno obsesivo compulsivo: tratamientos paradigmáticos cognitivo-conductual versus psicofarmacológicos y/o combinados. Tesis Doctoral, Facultad de farmacia. Universidad de Sevilla.
- VALAER RUBIO, A. (2015d). Abordaje clínico y tratamiento del Trastorno Obsesivo-Compulsivo. Análisis comparativo entre diferentes paradigmas de tratamiento: cognitivo-conductual o psicofarmacológico combinado. Ed. Publicia. Saarbrücken, Deutschland. Alemania.
- VALAER RUBIO, A. (2013): Estudio multidisciplinar y comparativo respecto de la naturaleza de las capacidades cognitivas en las sociedades prehistóricas del sur de la Península Ibérica: Estado actual de la investigación. Tesis de Máster y Proyecto de Investigación en Patrimonio Histórico y Arqueológico, Especialidad: Historia y Patrimonio. La herencia mediterránea. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Cádiz.
- VALAER RUBIO, A. (2011a). Estudio de la interacción del litio con moléculas que participan en la transmisión de la señal sináptica: una aproximación a las alteraciones psicopatológicas y neurodegenerativas Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Biológicas. Universidad de Sevilla.
- VALAER, A. (2011b). **La estructura freudiana a través de la teoría psicoanalítica en la naturaleza de la ansiedad.** Memoria de Tesis de Máster en Filosofía Teórica y Práctica: Especialidad en Filosofía e Historia del Pensamiento Contemporáneo. UNED, Madrid.
- VALAER RUBIO, A. (2007a). Interacción de iones metálicos con biomoléculas implicadas en la transmisión del impulso nervioso. Reunión científica de Bioinorgánica de Calella. Libro de Comunicaciones. Universidad de Santiago de Compostela.
- VALAER RUBIO, A; GARCÍA ALGARRA, A.; GARCIA BASALLOTE, M.; CASTILLO GONZÁLEZ, E. (2007b): Interacción de iones metálicos con biomoléculas implicadas en la transmisión del impulso nervioso. Reunión

científica de Bioinorgánica de Calella. Libro de Comunicaciones. Universidad de Santiago de Compostela.

- VALAER RUBIO, A. (2006). Efecto regulador de las sales de litio sobre la psicopatología que afecta a pacientes diagnosticados de glioblastoma multiforme altamente diferenciado. DEA en Psicobiología de la Diferenciación Sexual. UNED, Madrid.
- VALAER RUBIO, A. (2005b). Interacción con iones metálicos del ácido fítico: un potencial agente antitumoral. DEA en Biología Molecular y Celular, Universidad de Sevilla.
- VALAER RUBIO, A. (1998) Cambios microscópicos en los capilares de la capa VI de la corteza visual primaria de la rata durante el envejecimiento. Estudio cuantitativo. Tesis Doctoral en Medicina y Cirugía, Universidad de Málaga.
- VALAER RUBIO, A.; GARCIA BASALLOTE, M.; FERNANDEZ-TRUJILLO REY, M.J.; MÁÑEZ MUÑOZ, M.A. (2005): Estudio potenciométrico de las interacciones del ácido fítico con Li^+ y otros iones metálicos. Reunión científica de Bioinorgánica de Calella. Libro de Comunicaciones. Universidad Autónoma de Barcelona.